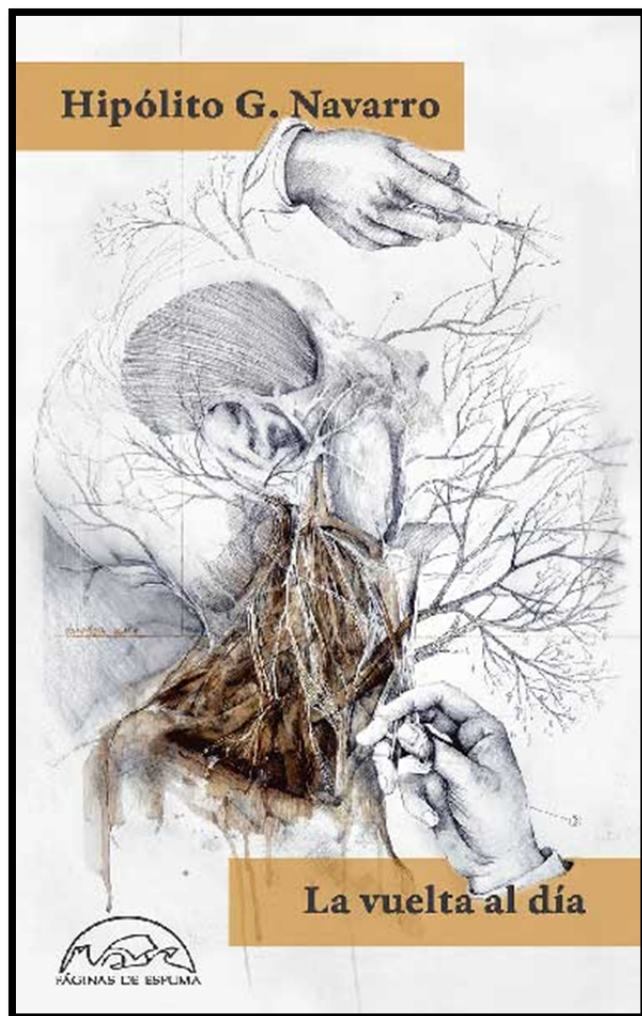


Hipólito G. Navarro

La vuelta al día



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es
Información: www.paginasdeespuma.com

La “vuelta al día” de un grande del cuento

Lograr lo más difícil: regresar a la escritura como si esta fuera un combate de boxeo que se gana en el último round; volver también al fondo de la memoria, al tiempo ido de la juventud, y salir indemne de ese viaje –entre el dolor y la sonrisa–; retornar al riesgo, a la felicidad del juego, a la exploración; y además revolver, girar, darle la vuelta a la sintaxis, a las palabras, y a la vida. Conseguir lo más complicado. Eso es lo que propone –y logra con rotundidad– Hipólito G. Navarro, el más importante de nuestros cuentistas actuales, en su esperado regreso al género. Las mismas virtudes y nuevos registros en estos cuentos donde todo es posible, donde todo está permitido. De nuevo la alegría de poder leer a uno de los grandes. Porque *La vuelta al día* no es solo un libro. Es un acontecimiento.

Biografía



© Daniel Mordzinski

Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961) es autor de los libros de relatos *El cielo está López* (1990), *Manías y melomanías mismamente* (1992), *El aburrimiento*, *Lester* (1996), *Los tigres albinos* (2000) y *Los últimos percances* (2005, Premio Mario Vargas Llosa NH a mejor libro publicado), y de la novela *Las medusas de Niza* (Premios Ateneo de Valladolid 2000 y de la Crítica andaluza 2001). Con la antología *El pez volador* (Páginas de Espuma, 2008), preparada por el escritor Javier Sáez de Ibarra, recibió el Premio El Público de Narrativa 2009, otorgado por los periodistas culturales de Andalucía. Durante los años 1994 y 2001 editó la revista *Sin embargo*, dedicada al cuento

literario. Fue el responsable de la edición de los cuentos completos de Fernando Quiñones, *Tusitala* (Páginas de Espuma, 2003). Sus relatos, traducidos a diez idiomas, están recogidos en numerosas antologías del género en Europa y Latinoamérica.

Sobre su obra se ha dicho...

«Cuando parecía imposible crear algo nuevo en el cuento, Navarro reinventa un modelo personalísimo de fabulación. La escritura: lúdica y afilada. Y los asuntos, impredecibles, por las realidades que convocan y por las muchas veces hirientes cuestiones humanas que ventilan», **J. Ernesto Ayala-Dip, Babelia**; «Son tan arriesgados sus planteamientos, tan atrevidos sus modos constructivos, tan irreverente su careo con las convenciones de la escritura, y tan ocurrente su apuesta por perspectivas inauditas..., que la conclusión no se hace esperar: Navarro es uno de esos casos de radical singularidad creadora», **Pilar Castro, El Cultural**; «Un ejemplo contundente de que lo artísticamente decisivo no es lo que se cuenta, sino el modo de contarlo», Ricardo Senabre, *El Mundo*; «Una narrativa excitante que no se somete a ninguna convención; arte del siglo xxii», **Javier Calvo, El País**. “Relatos que sitúan al lector en el terreno de lo heterodoxo, de la valentía literaria”, **Care Santos. ABC**.

Entrevista

–Casi doce años. ¿Cómo han sido estos años de convalecencia tras *Los últimos percances*?

–Raros, demasiado veloces, llenos de contradicciones, de alegrías enormes y de desánimos mayúsculos a la vez. Bipolares, vamos a decir. La aparición de ese libro tan esperado entonces por mí coincidió con la enfermedad y la muerte de mi madre, mi primera y más grande lectora, y que ella ya no exista me hace sentir a veces que no merece demasiado la pena que yo escriba unos cuentos que ella no podrá leer ya. Si he seguido poco a poco adelante es gracias al puñado de buenísimos amigos lectores que

me empujan todo el rato, la verdad. Pero quizá por lo anterior me haya empleado todo este tiempo en pulir muchos de aquellos cuentos que ella conoció, que permanecían en mis cajones en una cuarentena eterna, como si inventar historias nuevas fuese un poco una traición. Es raro este sentimiento, lo reconozco, pero no lo puedo evitar.

Hay otras razones más prosaicas, también, para una convalecencia tan dilatada. El premio Mario Vargas Llosa NH a mejor libro del año por *Los últimos percances*, junto al regalo enorme de comenzar un poco después una nueva colección en Páginas de Espuma con la antología *El pez volador*, y su buenísima recepción, me llenaron a la vez de alegría y de miedo, de una responsabilidad absurda quizá para conmigo mismo y mis lectores, que me ha paralizado durante muchísimo tiempo. Una soberana tontería, pensarán muchos, pero se trata de una tontería que ha pesado, que pesa, como una losa sobre mí.

–*La vuelta al día* es un título con varios ecos: el retorno del escritor, Julio Cortázar. ¿Nos da alguna pista más?

–Sí, un poco de todo eso hay. El regreso a la publicación después de muchos años, sacar de la oscuridad a la luz un trabajo al que le he dado más de ochenta vueltas, vueltas a la escritura, al lenguaje, a las estructuras, a las obsesiones de siempre..., y también mi enésimo homenaje a Julio Cortázar. Su título es claramente un homenaje al autor querido que me catapultó a la escritura de cuentos cuando yo era un muchacho, hace ya un buen chaparrón de años.

Tras la publicación de sus cuatro primeros libros de relatos, dos de ellos recogidos más tarde en un solo volumen en Seix Barral bajo el título de *Ceremonias*, Cortázar dio a las prensas un par de volúmenes maravillosos (*La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round*; “almanaques” los llamaba él), donde recopiló una enorme y variada producción literaria, que algunos de sus lectores consideran menor, pero que a mí me fascina igualmente.

Como todo el que entretiene sus días en emborronar papeles, al cabo del tiempo yo también acabé encontrándome con bastante material variado y disperso, que se negaba a dejarse reunir en un volumen unitario. Al terminar el año 2000 había publicado ya cuatro libros de cuentos, una barbaridad para alguien que admira muchísimo también a Rulfo, y en 2005 Seix Barral me había dado la oportunidad de

recoger los dos mejores junto a uno nuevo en Los últimos percances, mi particular ceremonia. Eso fue para mí como la culminación de un sueño, como puedes imaginar. Es lógico entonces que durante años me haya resistido a componer un libro con todo ese material, como si hacerlo fuese copiar descaradamente y paso a paso la trayectoria del autor admirado (sin haber escrito yo ninguna obra comparable a las suyas, tan inmensas y luminosas). Hasta que el mismísimo callejón sin salida en que me he encontrado al final me ha hecho aceptar que era eso precisamente lo que tocaba: enfrentar de una vez por todas mi último round, darle la vuelta a mi día particular en los pocos mundos que fuese capaz de poner en pie. La mía es una vuelta modesta, en apenas veinte cuentos. Pero el homenaje quiere ser grande y va lleno de cariños, más de ochenta; esto sí que lo puedo decir sin modestia alguna.

–Asumimos que publicar es una convención comercial y editorial. Sus cuentos circulan libres en el tiempo entre sus manos. Se alteran, se modifican y son otros cuentos hasta ganar una esencia que los hace distintos de sus versiones anteriores. ¿Es otro modo de ser inédito? ¿Dónde está el equilibrio entre una obra viva y una corrección perenne?

–Publicamos para dejar de corregir, es lo que se argumenta siempre. De Fernando Quiñones aprendí el argumento contrario: él trabajó sus cuentos hasta la extenuación, y los volvió a publicar en colecciones nuevas como si fuesen obra distinta y nueva también. Versión definitiva solo puede tenerla la muerte; todo lo anterior a ella se puede modificar y mejorar; empeorar también, qué demonios, pero hay que arriesgarse.

El cuentista, además, como el humorista, bien podría vivir de la desmemoria de su público. Lo tengo visto: hay lectores que me han dicho muy bonitas palabras por los cuentos de la antología *El pez volador*, sin recordar para nada que me las habían dicho igual o parecidas años atrás por los mismos cuentos.

De todas formas, hay una explicación muy sencilla para entender que durante años haya seguido trabajando sobre algunos textos ya publicados con anterioridad: que esos textos vieron la luz en una pequeñísima editorial granadina, invisible al mercado del libro de los primeros 90; que a efectos prácticos lo que logré con su edición fue

poder guardarlos en un cajón con formato algo más bonito que unos meros folios mecanografiados y grapados. Poco más que eso significaba publicar en mi tierra en esas fechas pre Exposición Universal. Y los 18 cuentos de *El cielo está López*, editado en 1990, todavía tuvieron alguna distribución local, pero los siguientes, los 32 cuentecillos de *Manías y melomanías mismamente*, de 1992, tuvieron todavía peor (o mejor) suerte, y se quedaron mudos en sus cajas tal como llegaron desde la imprenta a la oficina-almacén de Don Quijote, que este era el bonito nombre de la editorial. Su editor, mi añorado amigo Manuel Barrera, que por aquel entonces estaba ya al borde de la jubilación, se había enamorado unos meses antes de una joven y linda azafata del Pabellón de Navarra de la Expo'92, y justo un día después de que llegaran aquellos ejemplares de la imprenta cerró la editorial (la cerró literalmente, cerró la puerta sin echar la llave siquiera, dejándolo todo tal cual, todo lo que tenía dentro, sin mover un lápiz), abandonó su vida entera anterior, y se marchó al norte con su gran amor, para acabar allí muy feliz y despreocupado sus últimos días. Que me convenza alguien ahora si publicar así y seguir inédito no son una y la misma cosa; una bellísima cosa, por lo demás, conociendo la razón verdadera y profunda de aquel descalabro.

Fueron aquellos 50 cuentos iniciales que había entregado a mi amigo editor en una carpeta un año antes, en 1989, reescritos, ampliados o recortados, divididos en trocitos pequeños a veces, los que fueron nutriendo luego mis libros vamos a decir "verdaderos", los que vinieron después y tuvieron una distribución normal, ya cruzado Despeñaperros, la difícil, escarpadísima frontera para todo lo que se etiqueta de cultura en las tierras del sur y no se llame flamenco. Los textos que creí mejores, junto a otras piezas nuevas, conformaron *El aburrimiento*, Lester, del 96, y lo mismo ocurrió con *Los tigres albinos*, del 2000, y cinco años más tarde con *Los últimos percances*, que agrupaba, como te dije, los dos libros anteriores más uno nuevo.

Me parece que por más libros de cuentos que publique un autor, en el fondo siempre se trata del mismo libro. Las obsesiones verdaderas se mantienen firmes y es difícil, si no imposible, escapar de ellas.

—¿El cómo? ¿El qué? Rastreamos ese interés suyo por el cómo cuento y nos entusiasma el qué cuenta. ¿Comparta su receta, por favor?

–No hay receta. Me gusta la improvisación. Adoro la improvisación. Sobre todo desde que he descubierto que la improvisación es muchísimo más lista y más ocurrente y más seria que yo.

Durante años estuve confundido, bastante equivocado, creyendo que solo me interesaba el cómo contar las cosas, que me importaba un comino lo que contara o dejara de contar, que las cosas que contaba no eran más que una excusa para jugar con las palabras y divertirme con el proceso de la escritura, sin más. Es verdad que sigo pensando que a estas alturas ya está todo contado y que lo único que puede hacer un autor es contarlo lo más diferente que pueda, buscar a toda costa su singularidad, lo que lo diferencie del resto, pero me temo que el qué se cuenta es más poderoso de lo que yo creía, que el qué trabaja con el inconsciente para hacerse ver, y es al qué se cuenta al que le importa en verdad un comino muchas veces el cómo se cuenta que uno creía estar manejando. En el fondo es justo al revés. No sé si me explico.

–¡Ay, ese humor! Esa ludopatía del lenguaje extremo y cuidado, burlón y popular. Háblenos de ese mimo, ese tacto imperceptible que parece tener con cada palabra de cada frase de cada párrafo de un cuento suyo.

–Bueno, el humor; el humor es para salvarnos, para salvarme. Mi infancia y adolescencia no fueron precisamente un camino de rosas, y al parecer adopté el humor sin darme cuenta para defenderme, me hice con esa arma para soportar la realidad. En aquel tiempo gris el humor habitaba en los chistes, en los juegos de palabras que los sostenían, en sus asociaciones verbales y de ideas encontradas como al descuido. Me fascinaba eso. El color que no tenía la realidad lo encontraba allí: en los chistes estaba la paleta que nos faltaba para ponerlo todo a brillar de alegría. Pero el humor no es moneda de cambio en nuestro país. Es paradójico: un país que considera El Quijote como su obra mayor, que tenga tanto desdén por lo humorístico. En fin. Así nos va.

El amor y el cuidado por cada palabra, por la construcción de cada frase, por su música y su latido, me parece lo más natural en cualquiera que ame con pasión la lengua. Si no se emplea uno con toda su alma y toda su inteligencia en cada renglón, mejor sería dejarlo, ¿no? Un cuentista, como un poeta, que trabaja con la brevedad, no puede

jamás dar una línea por perdida. Es verdad que luego va uno por la calle caminando, mira los rostros de las gentes con las que se cruza, y se pregunta cuántas de esas gentes valorarán después las noches en vela que pasó uno buscando una palabra, un adjetivo, el sutil cambio de lugar de una coma para aquella frase que no terminaba de sonar como quería. El cuentista, aun así, continúa, persevera, sin desfallecer jamás.

–La entrevista realizada por el escritor Javier Sáez de Ibarra e incluida como epílogo en su antología *El pez volador* abría una puerta. En este libro la puerta se empieza a abrir de par en par. ¿Le damos una vuelta a lo biográfico?

–Aquella conversación con Javier me mostró, tendido y abierto en canal, mi propio pasado delante de los ojos, unos ojos que yo había mantenido atolondradamente cerrados a ese pasado durante años. Fue Javier quien me hizo ver que por debajo de tanto descacharramiento en mis historias existían habitaciones y pasajes, es verdad que muy camuflados, de mi propia biografía. No había reparado en eso en absoluto. De ahí, quizá, el no sé qué terapéutico de aquella escritura mía. Hablar tan abiertamente con Javier también fue algo liberador. Pude contemplar con ojos ya casi curados cómo todo aquel dolor estaba en vías de superación, que podía abordar momentos muy dolorosos de mi existencia –el alcoholismo de mi padre, su lento suicidio, su muerte prematura, los desastres del accidente que me dejó medio manco y estrábico ...– sin necesidad de camuflarlo todo en el disparate, que podía contarlo ya sin tragedia, con el mismo humor, pero de manera consciente, liberado de todo mal.

–El libro combina voces, tonos, extensiones, puntos de vista, propuestas diferentes para una sola estructura, con sus deliciosos epígrafes, con su voluntad de camino lector. ¿Entendemos esa trayectoria como la que ha transitado estos años?

–A mis lectores no les harían falta las divisiones del libro, de eso estoy absolutamente convencido; ellos son mucho más libres que yo, y leerán de la manera que se les antoje, a saltos, del principio al final o de atrás adelante, releyendo una pieza cortita dos o tres veces, abandonando a su suerte algún cuento más peregrino que los demás, pero yo necesitaba de esos compartimientos para no perderme en la construcción de

mi criatura: unas extremidades por aquí, otras por allá, tres entrañas de este lado, el aparato respiratorio del otro, la cabeza más firme o más lánguida un poco más allá, jugándose con las cervicales..., para reconocerla como otro hijo mío. Durante estos doce años he colaborado en multitud de publicaciones, en revistas y libros colectivos, he atendido a encargos insospechados, he cometido prólogos, pequeños ensayos, y celebraciones varias. Lo habitual, vamos, en un cuentista que no aprendió a decir a tiempo que no. De toda esa dulce dispersión ha surgido *La vuelta al día*, de esa dispersión y de un trabajo de ensamblaje arquitectónico muy meditado en el fondo. La construcción de mis libros me lleva muchísimo más tiempo que la escritura feliz de las piezas que llevan dentro. Lo he contado todo en un odioso prologuillo esta vez, las razones de esas partes, la procedencia de la inspiración más insólita incluso. Siempre ocurrió así con todos mis libros; no lo expliqué entonces, y muy pocos cayeron en la cuenta. También en *Los últimos percances* quise guiñar con su arquitectura. Su último relato cuenta la aventura de un individuo que no sabe nadar y que para poder permanecer con sus amigos en las tardes de verano se la juega arriesgando en la piscina. Tres frases sacadas de ese relato final –“Una penetración entre comillas”, “Practicar donde no cubre” y “Quince envidiables largos”– me sirvieron para titular las tres secciones del libro. Ellas solas daban una explicación velada del contenido. Las secciones primera y última agrupaban en formato cuento lo que antes habían sido columnas periodísticas y algún que otro encargo inusitado, y la parte central se nutría entera de textos muy antiguos, de mi prehistoria cuentística, de aquellos dos primeros volúmenes de existencia anómala, y alguna pieza anterior incluso, de los primeros 80, mis despistados años universitarios. “Practicar donde no cubre”; lo confesaba el subtítulo a las claras, aunque nadie se percatara del guiño. Alguna crítica resaltó el valor de esos cuentos por encima de los demás, y eso me confundió por completo, a la par que me hizo comprender que no es precisamente el autor quien tiene más claridad sobre sus propias criaturas.

Ahora, en este libro nuevo, se combinan inspiraciones antiguas y nuevas, propias y ajenas, amarradas con mucho cariño y trabajo. Sabe Dios cómo será recibido hoy. Siempre será un misterio irresoluble la recepción de un libro de cuentos para mí.

–El libro puede ser entendido como transición, bisagra. ¿Estamos ante el anuncio de un escritor con nuevos intereses?

–A una parte de mí le gustaría pensar en este libro como un cierre definitivo, como un más o menos saleroso corte de coleta. Pero ya me conozco. El veneno del cuento va a seguir en mis venas por mucho tiempo, me temo. Ya desde las últimas semanas de preparación de este libro siento otra vez la mano caliente, algo desatada, y de ella me están naciendo nuevos textos, con otros intereses. No sé muy bien todavía con qué intenciones ni a qué caminos me quieren llevar esos textos. Tendré que dejarme llevar. Son ellos mis dueños, y no al revés.

